

juicios necesarios

hipogrifos en querétaro

Por Jorge Hernández Campos

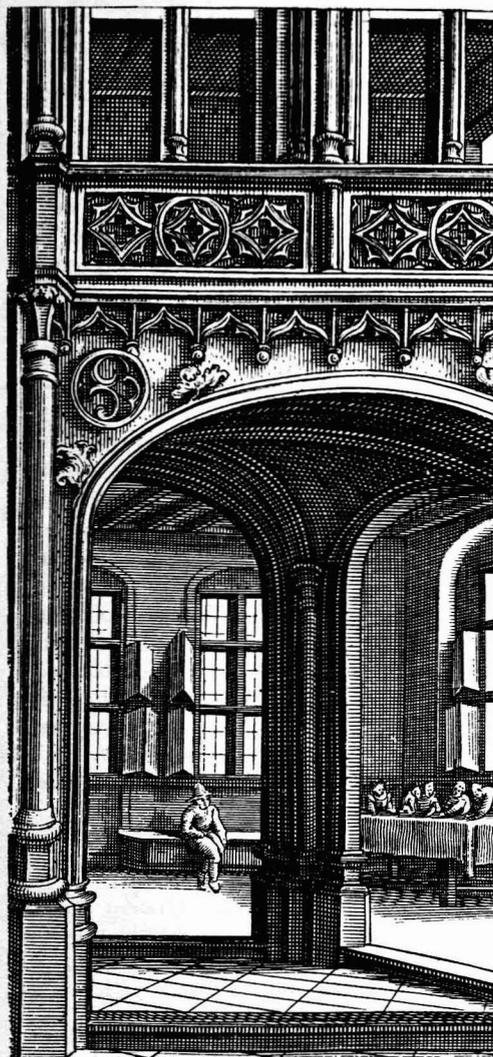
La plaza Constitución en Querétaro produce malestar a primera vista. Al preguntarse uno sobre el por qué de esto se descubren al instante varios factores que sin duda lo provocan. Ante todo, el estilo del monumento, que pudiera denominarse barroco-institucional y que ya de por sí, con dispensa total de trámites, agobia al espectador con un sentimiento de hastío y hartura, como el que producen ciertos discursos oficiales o el que se experimenta al poner pie en una oficina de gobierno. El mismo que acosaría, pongamos por caso, a quien tratara de comerse un libro frito.

Para empezar, la plaza está situada en lo que debe haber sido una plaza prevista en el plan de la ciudad original, o que por lo menos se derivaba del estilo español de urbanismo. Es decir en un espacio cuadrado, donde el punto capital es precisamente el centro del cuadro, y al cual se llegaba libremente desde cualquiera de los lados y que viene a ser precisamente el punto ideal donde se encontraban las "jerarquías" que justificaban la apertura de ese espacio y hacía de éste lo que es, un punto de encuentro. Sólo que en la nueva versión institucional se ha anulado totalmente este sentido de libre acceso a ese punto central y, violentando el carácter de la ciudad, se ha convertido a la plaza en un espacio con un eje que remata, por un extremo, en una rígida y cilíndrica estatua de don Venustiano Carranza. Para subrayar ese eje y convertirlo como en una antigua basílica en un camino forzoso hacia el polo representado por la estatua, hay de uno y otro lado sendas hileras de cipos o hitos o mogotes (que podrían ser cualquiera de los tres) que representan a los estados de la República y sostienen cada uno un asta, en la cual durante las jornadas cívicas seguramente ondean banderas, pero que el resto del tiempo sólo hacen el efecto de una empalizada para preservar de intrusos el espacio interno.

En suma, vista desde el extremo de su eje opuesto a la estatua, la plaza se presenta como una superficie que obviamente no está destinada para que la gente repose a la sombra de unos árboles que no hay, ni para darse cita con un amigo, ni para que los chiquillos jueguen al fútbol (¡habría que ver si a la estatua le tocara un balonazo!). Que por cierto, difícil es encontrar nada más inexpresivamente absurdo que ese don

Venustiano, sobre todo visto desde el borde de la plaza, donde da la espalda a la calle, con su enorme barril torácico todo de metal, y que a uno, espectador, le impregna de incongruencia con su uniforme de bronce, sus gafas de bronce, su barba de bronce, sus zapatos de bronce con suelas de bronce y sus bolsillos de bronce, donde uno se pregunta si llevará cuidadosamente plegado un pañuelo también de bronce.

Todos esos elementos, decíamos, surgen de inmediato al primer análisis provocado por el malestar que la plaza suscita, pero no bastan para justificar la desazón profunda que emana de aquella máquina de arquitectura. Hay otro elemento, de importancia propiamente fundamental, por cuanto se refiere a los fundamentos de la plaza misma, que hace de ésta un ejercicio de autonegación. En efecto, todo aquel conjunto con todo y sus hitos, astas, estatua, etc., no es sino una especie de piel de tambor, o por mejor decir, la tapa gigan-



tesca de un garage de sus mismas dimensiones.

Descubrir esta circunstancia remacha y confirma en definitiva los sentimientos adversos generados por el todo y los convierte en franca repulsión. Ya no es tanto el hecho de que un monumento seudobarroco esté puesto sobre una catacumba de automóviles que, inevitablemente, prefigura en su esqueleto el corral de chatarra, de la misma manera como un sanatorio de incurables prefigura un cementerio. Lo malo es que uno acaba preguntándose si lo que importaba realmente era el garage con todos los cálculos comerciales que representa y si avergonzado de su publicana condición se dio un gran sombrero monumental para ennoblecerse, o si por el contrario fue la plaza la que, no muy segura de su republicana necesidad, vagamente preocupada de ser inútil, generó aquella utilitaria panza de vehículos. Ante semejante *mariage de sans-raison* uno se queda boquiabierto, como los antiguos ante aquellas fabulosas bestias compuestas de partes de animales distintos, un hipogrifo, por ejemplo, o una quimera, sólo que aquí no hay nada de mítico y sí mucho de algo contrario al mito, que es quizás el rastacuerismo, el extremo envilecimiento de lo material cotidiano.

La cosa es tanto más irritante por cuanto no se puede menos de recordar la importancia del personaje y del acontecimiento que se pretende conmemorar. Y porque jamás en la historia un monumento ha necesitado más justificación de sí que el ser la objetivación de un valor activo en la sociedad que lo construyó, sin que originalmente debiera avalar su erección mediante una simbiosis con funciones crematísticas. En la plaza de Querétaro son éstos los que en último término condicionan y dan el tono a la vida cotidiana del barroco hipogrifo —las festividades cívicas podrían contarse con los dedos de la estatua— y de ese modo la imagen del prócer (¿se habrán preocupado los fundidores por incluir algunas balas de bronce en aquellas bronceas entrañas?) acaba por ser un simple indicador del garage. ¿Qué tal si esa figura acabara convirtiéndose un día en signo reconocido de eso, de que en tal o cual sitio hay estacionamiento? Extrapolar los datos que se nos ofrecen y llevarlos hasta sus extremas consecuencias a veces nos permite poner al descubierto el absurdo de ciertas situaciones básicas.

De otro lado de la calle está el Museo de Querétaro, alojado (acaso fuera mejor decir olvidado) en un edificio de los siglos XVII y XVIII, con un patio principal que quita el aliento por su belleza. Escalinatas, salas, corredores cubiertos y pórticos se articulan con una nobleza que se trasmite al visitante, y he aquí que uno empieza a caminar con un ritmo igual a su recién descubierta dignidad de ser hombre.